

de muerte, las demandas tumultuosas de la corona y de la cabeza del Rey unidas con los insultos é injurias á la Reina, el resuello de los demagogos carniceros entrecortados por los ruegos y por los estertores de sus víctimas, los estallidos de la revolución material acampados de maldiciones, llenando todo ello el aire y el espíritu de una tormenta como no verá otra igual en su Historia la trágica y desgraciada humanidad. Así nada tan propio y natural de aquel momento como que temieran los guardadores del Rey no poder cumplir con la guarda como debe un verdadero guardador. Separado por la reja el palco donde Luis XVI se hallaba del salón donde se hallaban los diputados ¿quién asegurar podía que no llegasen las turbas ebrias y no lo inmolasen allí mismo, en aquel refugio? Era preciso tener al Rey fuera del Congreso para que se cumpliera la Constitución y dentro del Congreso para que pudiera éste dispensarle un verdadero asilo contra cualquier brutalidad de la demagogia, inminente quizás, por lo menos temible. Lo cierto es que los gritos y los golpes aumentaban fuera y las puertas cedían dentro. El Presidente dió prudentísima orden de arrancar la reja y ofrecer así paso al Monarca y á la familia Real, hacia el salón de sesiones. Los diputados, por una parte, y los gentiles-hombres por otra parte, como no hubiesen á mano el auxilio de ningún cerrajero para cumplir la orden, acometieron el trabajo y arrancaron la reja. El Rey ayudó. Sus naturales propensiones de trabajador mostraron una vez más, durante todo este desenlace de la tragedia, cuánta felicidad hubiera podido recojer en su forja, y cuánta desgracia recogiera en su trono. Pero son así los designios inexcrutables del cielo: cuando quiere desarraigar un principio, precipita las decadencias con sus misteriosos impulsos y hace que representen el principio condenado á morir todos los decadentes.

Con este hábito que tienen los franceses de legar memorias á la posteridad y describir los sucesos históricos en sus menores minuciosidades, nos han comunicado las incidencias de tanta escena y los gestos de los personajes, en ella reunidos, con verdadera fidelidad. El Rey no había tomado alimento alguno desde la noche anterior, á cuyas primeras horas hubo un verdadero banquete regio, ya mencionado en el comienzo de nuestra relación. Su temperamento de industrioso herrero y sus fuerzas de incansable Nemrod, exigían reparos muy continuos y comida muy alimenticia. No era glotón; menos era delicado en el comer, ni amigo de golosinas; el paladar y el estómago estaban aparejados por la Naturaleza en sus finalidades á servir el cuerpo de un industrial, no el cuerpo de Rey; pero avanzaban las diurnas horas y sentía desmayo. Ni la dejación de su corona caída en el jardín de las Tullerías, ni los gritos y desacatos de la plebe armada, ni el abandono de un palacio donde se dejó sus criados más fieles y sus tropas más leales, ni aquella humillación ante diputados á quienes creía reos de lesa majestad en su conciencia, ni el gesto adusto de la Reina expresando todas las amarguras posibles, ni el lloro de sus angelicales hija y hermana, ni el hijo destronado allí le pudieron quitar la

gana, porque su linfa y sangre le pedían alimentos de que sólo hubiera podido prescindir la complexión de un verdadero é ingenuo nervioso, como prescindía la Reina. Llévaronle de comer con arreglo á su apetito: mucha carne, un pollo asado, postre, pan, vino. El Rey se puso la servilleta como un muchacho al cuello; partió su pan severamente con el cuchillo de su mesa; escanciósse las bebidas de propia mano; deshuesó el pollo; como si no pasase nada en torno suyo, cuando tales y tantos motivos había para que se le anudase la voz en su laringe y se le cerrara el estómago. La Reina recordaba cómo lo rural de su temperamento sobresalía en aquel cazador, cómo las fuerzas físicas predominaban en aquel herrero sobre las fuerzas intelectuales, cómo no podía desoir ningún llamamiento del hambre ó del sueño aquel Borbón; y sin embargo se llevó un chasco muy grande, cual si no lo conociese, viéndolo comer y trincar mientras la sangre de sus amigos empezaba en este minuto corriendo como un arroyo y había de concluir corriendo en seguida como un torrente. Con efecto, las adversidades experimentadas durante los dos días aquellos; el cáliz de amargura propinado á sus labios en el jardín de las Tullerías semejante al huerto de las Olivas; el daño corrido desde los santuarios de la Realeza en aquel momento á los santuarios de la Cámara; el degüello de periodistas borbónicos y realistas, con cuyas cabezas jugaban á la pelota los soldados de Mirecourt; una súbita notificación del destronamiento hecha por la elocuentísima voz de Vergniaud, pedían que Luis XVI se apercibiese á morir y no se apercibiese á comer. Además, como en lo político, á cada cual se le busca el lado de su armadura por donde se le puede hincar en el pecho la calumnia, y no pudiesen los maliciosos y murmuradores criticar al Rey por otros aspectos de su vida privada, casto y ordenadísimo en ella, buen padre y buen marido, le criticaban de glotón, y hasta de borracho; calumnias acreditadas por aquel tranquilo engullir viandas y apurar vasos con que su indiferencia glacial contrastaba el clamor de los que pedían su destronamiento y los votos y las arengas que lo destronaban. Cada bocado caído en el voraz estómago de Luis, repercutía como un golpe mortal en el sensible corazón de Antonieta; y así, al ofrecerle de comer á ésta, la orgullosa rehusó con su aire de dignidad, en que había no sólo una protesta contra los que la imitaran capaz de comer en aquel momento, agrias censuras á la gana y á la voracidad del monarca. ¡Cuáles diferencias entre aquellos cónyuges! Él indiferente, y nerviosa ella; comiendo él; y ella callando; con invitaciones á todos para que compartiesen su almuerzo el Rey, mientras con desdenes sublimes hacia todos la Reina; Luis en su color natural, y Antonieta las mejillas incendiadas por la rabia y la vergüenza; conforme con los decretos de la suerte quien más perdía, no Monarca, pobre industrial, y su compañera contra la suerte revolviéndose como un héroe de la epopeya y de la tragedia griegas: el Rey, con sus recuerdos de lo pasado y sus presentimientos de lo porvenir, adscrito á su almuerzo, como un buey á su pesebre, y la hija de María Teresa mostrando cómo en el



abismo de la mayor adversidad, sus fuerzas no se cansaban de luchar y reluchar con sus enemigos, ciega en su cólera, pero sublime de suyo en aquella escultural actitud y en aquel coraje, dignos de una Pitonisa, puesta sobre una tripode volcada. Todos los demás segundos actores de aquel drama guardaban el gesto y el discurso correspondientes a la índole nativa que tenían y al instante supremo que atravesaban. La joven duquesa de Angulema lloraba lágrimas amargas; su hermano el Delfín, se movía con la inquietud propia de quien se mueve para crear, é iba desde los brazos de su madre al lado de su padre, pero sin tomar los bocados que le ofrecía éste; la princesa Isabel movía los labios, y levantaba los ojos á las alturas como esas efigies representativas de la oración que se adoran en los altares católicos. Diríase haber visto el Rey, desde su nacer, aquel día en los decretos del destino y no le maravillaba, encerrado en su tribuna como un cadáver en su nicho. Sólo dió señales de vida exterior para comer, y de vida interior para dirigir palabras vulgares y vanas á los diputados que por cerca de su tribuna pasaban, entre los cuales unos solían inclinar la frente al desgraciado y á la desgracia, mientras otros corrían á su puesto sin hacerle caso, temiendo contaminarse con su impopularidad y caer bajo el rayo de los anatemas despedidos sobre su regia cabeza por la cólera popular. Nadie, sin embargo, lo insultó. Exceptuóse de tan humana consideración un hombre á quien la historia pedirá cuenta del crimen de insultar á un pobre vencido, crimen terrible por unir á la perversidad la cobardía. Tal hombre fué David, quien, adulador con todos los poderosos, un día retrató á Marat en su apoteosis, y otro día retrató á Napoleón en su altar. Como contemplase mucho al monarca, y el monarca le preguntara si hacía mentalmente su retrato, le respondió: «Ahora no; ya os retrataré cuando rueda vuestra cabeza por el patíbulo». Semejante infame nació para cortesano de la fortuna y del poder.

Y, mientras pasaban todos estos acontecimientos dentro del salón de sesiones, fuera batía el huracán los ánimos, que llegaban, en la suma enorme de cada pasión individual, á colectiva locura, elevada por el calor material y el calor moral hasta su mayor potencia posible. A truenos secos los andares, el ir y venir de la plebe, sus remolinos, súbitamente formados y súbitamente deshechos sonaban; al siniestro vibrar de las armas crecían las terribles agitaciones; y al estallido de cada vociferación revolucionaria, el desarreglo nervioso de aquella sociedad tomaba intensidades tantas y tan extremas, que se hubiera creído ser aquello la ruina y el desquiciamiento de todo un planeta, cuando era tan sólo que acababa la vieja sociedad y se venía por el suelo su inmensa rotonda, tan gallarda y airosa en lo alto, el viejo absolutismo. Parece imposible: Luis XVI no tomó precaución de ningún género al partirse de su palacio, para endulzar la suerte de los suyos, y arrancarlos á un fin siniestro, á una inevitable matanza, ó bien haciéndoles deponer las armas, ó bien ordenándoles que las emplearan para devolver golpe por golpe, descarga por descarga. Muy armados sus defensores para este caso é instante, quedaban del todo desarmados á la falta

de órdenes. Su formidable armamento los hacía leones, su especial situación corderos. ¿Cómo no haberse los reyes resuelto, antes de partirse, ó bien á pelear con arrogancia, ó bien á morir con resignación? Cosa fácil adivinar cuanto pasaría, la guerra civil, el asedio al Palacio, el asalto pronto, y en lo que pasaría intervenir con anticipación, ó bien por una conformidad á los decretos del destino fatal ó bien por una resistencia formidable, por cualquier determinación, menos por aquella perplejidad, cuyas incidencias arrastraban á los defensores del Monarca, no al combate, al matadero. Nadie comprendió, y, por lo mismo, nadie jamás podrá explicar, el silencio de Luis XVI. Pero debe confesarse que no se comprende ni explica, juzgando al Rey con arreglo á las fundamentales condiciones del género humano, pero se comprende y explica juzgándolo con arreglo á su temperamento físico y á sus caracteres peculiares, exclusivamente propios de aquel pobre hombre, que iba por la irresolución á los mayores crímenes. La orden de atacar á su corazón repugnaba; más á su cabeza la orden de ceder. El hombre hubiera en él cedido; atacaba el Rey. No queriendo mandar un ataque, repulsivo á su sensibilidad, tampoco quería mandar una entrega, repulsiva del todo á sus convicciones. Se fueron Luis y Antonieta muy persuadidos, aquél de que lo reinstalaba el Congreso en su alta sede, no pudiendo pasar sin su Constitución y el consiguiente poder real; muy persuadida, por lo contrario, la Reina, de que los suizos daban cuenta de plebe y de Constitución y de Cámara, de todo, reinstalándola en el antiguo absolutismo. Y las naturales irresoluciones del Rey se agravaban sin remedio á las naturales resoluciones de la Reina. Por poca dignidad personal que aquél tuviera, y tenía muy poca, siempre le quedaba un resto, impidiéndole pasar de Rey efectivo á Rey consorte, hasta dejar que mandase la Reina. Y así, jamás oponía una resolución propia de suyo á las resoluciones de su mujer; oponía una irresolución sistemática, una perplejidad incurable. Por lo mismo que Antonieta creía volver en armas al Palacio, sobre los brazos de sus suizos vencedores, Luis XVI creía volver bajo la égida de aquella Constitución desgarrada, como un Emperador chino bajo la sombrilla real, en brazos de los representantes del pueblo arrepentidos. Y he aquí por qué no dieran orden de ningún género; porque los dos creían volver; sólo que Antonieta pensaba volver por una grande batalla y Luis por una grande conciliación. Los caracteres se trastocaban aquí, sintiendo el Rey ternuras de mujer y la Reina odios de hombre. Mas, ya fuera por esta causa ó ya fuera por cualquier otra causa su irresolución, es lo cierto que con ella cometieron uno y otro el mayor de sus crímenes, el derramamiento de sangre inútil por una causa perdida y en una batalla del todo sangrienta. Conturbado encontró el Rey al Congreso; más conturbado todavía dejó el Palacio. En los primeros instantes sus defensores parecían inermes, los asaltantes suspensos, todos presa de los naturales afectos suscitados por aquella extraordinaria situación. La suerte del Rey no estaba ya en las bayonetas de sus soldados; desde la hora en que recurrió al Congreso, la suerte del Rey estaba en los votos